



PRECIOS

MADRID	
Tres meses..	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS	
Tres meses..	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,
Plaza de Matute, núm. 2.



EXTRANJERO

Tres meses..	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, num. 54.

AMÉRICA

Seis meses..	38 rs.
Un año.	70 »

FILIPINAS

Seis meses..	60 rs.
Un año.	100 »

ADMINISTRACION,
Plaza de Matute, núm. 2.

CARTAS Á LA INTERNACIONAL.

«Señores de la federacion de la region española:

Muy señores míos y dueños: He leído el extracto de la sesion, ó cosa así, que celebraron Vds. el otro día en los Campos Eliseos, en la cual tronaron Vds. contra la clase média, doliéndose al propio tiempo de la suerte que á Vds. les ha cabido. Quéjense Vds. de que tienen que trabajar, y parece como que desean para sí la suerte de los que pertenecemos á la clase média.

Para si alguno de Vds. quiere la mia, se la diré en breves palabras. Toda mi vida he estado trabajando en la enseñanza de los niños, y cuando en mejor posicion he estado apénas he tenido lo suficiente para vivir. Hoy sigo trabajando y no tengo que comer, porque no me pagan, y cuando dentro de pocos años me quede ciego, que ya voy perdiendo la vista, no tengo más esperanza que el hospital. No por esto me quejo de la sociedad ni reniego de Dios, ni quiero casarme, pongo por caso, como se casan los perros. Díganme Vds. ahora si no podia yo haberme proporcionado más tranquilidad y holgada existencia siendo carpintero, ó cajista, ó sastre, ó zapatero. Mucho siento no poder cambiar mi suerte con la de alguno de los que más se quejan.

Sin otra cosa, Vds. manden lo que gusten á este maestro de escuela, que es su atento seguro servidor, *Cosme Quisvelqui.*



«Señores internacionales:

Muy señores míos: Por Dios que me están Vds. haciendo mucha gracia con sus lamentos y sus pretensiones. ¿Con que los que pertenecemos á la clase média, como los que pertenecen á la clase alta, somos unos bribones?... ¡Vaya! que me parece que Vds. han almorzado muy fuerte. Hablan Vds. de la vida regalona que nos damos... Pues ¡maldito sea el demonio! vengan Vds. á mi casa, y verán qué vida me doy con 8.000 rs. de sueldo que tengo despues de veinte años de servicios y ocho de cesantías y treinta y dos traslaciones. ¿Saben Vds. lo que yo tengo?... Deudas, y bien arrepentido estoy de no haberme dedicado á ebanista, ó cosa así, y puede que á estas horas tuviera yo un establecimiento y me estuviera riendo del mundo. Ahora sólo me puedo reir de Vds., y de mí, Vaya, aliviarse.—*Pedro Sudatinta.*»



Á los socios de *La Internacional*:

Hermanos míos: yo soy uno de esos monstruos horribles que vosotros abomináis y queréis destruir; yo soy

un sacerdote de la religion católica, apostólica romana, un hijo humilde del Santo Padre de los fieles, á quien vosotros odiais, porque no le conocéis, y que ha sufrido y sufre más amarguras que todos vosotros juntos habeis sufrido nunca. Yo tenia fortuna, que mis padres me dejaron; si quereis saber dónde está esa fortuna, preguntad en los pueblos donde he sido párroco, y los pobres os darán razon de ella; no me alabo yo por haberla repartido entre ellos; os lo digo para que sepais que un sacerdote sabe cumplir con su deber. ¿Os quejais de que vuestro trabajo está poco retribuido?... Pues yo trabajo sin retribucion, porque el gobierno no puede, ó no quiere pagármela, y por muy contento me daría si pudiera contar con los 6 rs. que gana un ínfimo trabajador, y aún si los tuviera, algo me quedaria que dar á los pobres. Vosotros me aborreceis; yo os amo: vosotros queréis que desaparezcamos de la sociedad los de mi clase; nosotros daríamos nuestra vida por vosotros, y ¡cuántos la han sacrificado cuando los vuestros en la hora postrera los llamaban para consuelo y bien de su alma en los tristes dias de peste ó guerra!... ¿Creeis que nuestra vida es cómoda y holgada?... Limosna pedimos muchos de nosotros, y otros van á trabajar en las faenas del campo, humildes y tranquilos. Dios os bendiga y os traiga á buen camino, como lo desea vuestro servidor y capellan.—*Antonio.*

Entonces hizo German una señal á María, la cual, despues de haber hecho dos reverencias, siguió al ayuda de cámara del marques.

Cuando Blanca se vió sola en la nueva habitacion, miró de nuevo á su alrededor; todo lo que habia pasado desde la vispera le parecia un sueño, y se detenia delante de todos los muebles y de los espejos, al mismo tiempo que decia suspirando:

—¡Todo esto es suyo!... ¿por qué me habrá guardado este secreto?... ¡Temeraria quizás que no le amara si sabia que era rico!...

¡Ah! ¡mi querido Urbano!... ¡á ti sólo es á quien amo, y bien pronto abandonaria este castillo si le tuviera que habitar sin ti! ¡pero juntos seremos muy dichosos, aunque me parece muy grande para los dos!...

Fatigada con el viaje, se arrojó Blanca sobre el lecho, y bien pronto cerró sus párpados el sueño, y se durmió tranquilamente, creyéndose bajo el techo de la casa de Urbano.

Serian las cuatro de la tarde cuando la jóven se despertó; su primer cuidado al saltar del lecho, fué mirar la hora que era en un péndulo colocado sobre la chimenea.

—¡Cuánto tardará todavía en llegar la noche!... dijo suspirando, ¿qué haré hasta entonces?... ¿En qué pasaré el tiempo en este hermoso castillo?... ¡Si siquiera estuviera Margarita conmigo, hablaríamos de él, y el tiempo pasaria más de prisa!

Entonces miró á su alrededor, y vió una puerta que no habia visto hasta entonces; la abrió, y se encontró en un gabinete de su tocador, en donde se hallaba reunido todo lo que pudiera ser agradable á una jóven.

Pero Blanca miró con indiferencia todos los hermosos objetos allí reunidos. En sus proyectos de felicidad, no habia soñado más que con una modesta casa con su establo, su palomar y su jardin, y su imaginacion no podia acostumbrarse á la idea de cambiar todo aquello por el suntuoso castillo.

Despues salió del gabinete de tocador, y se dirigió á la primera habitacion de sus departamentos, en donde vió una mesa cubierta con los más exquisitos manjares.

—¡Cuántos cuidados! pensó Blanca. Me trata como á una reina... ¡Sin duda Urbano es el que ha recomendado que tengan por mí todas estas deferencias!

Blanca hizo sonar la campanilla, y María entró seguida de German, que

templar aquella magnífica morada, y cuanto más avanzaba el carruaje, más fácil le era distinguir las esculturas y admirar los trabajos de los artistas que habian empleado todo su talento en aquella obra de arte para agradar al galante monarca que protegía tanto las artes como amaba á las mujeres hermosas.

El carruaje llegó al castillo, y en vez de seguir adelante, penetró dentro de la suntuosa morada.

—¡Qué es esto!... exclamó Blanca al mismo tiempo que pugnaba por abrir la puerta del coche. ¡Aquí no es!... ¡No puede ser aquí!... ¡Urbano no puede ser el dueño de todo esto!... ¡El cochero debe haberse equivocado!

Sin embargo, el carruaje se detuvo en un gran patio, y un criado con librea abrió la portezuela del coche y ofreció la mano á Blanca con aire respetuoso.

—¡Oh! no, no quiero bajar, dijo la hermosa jóven, mirando al criado con sorpresa; no es aquí adonde yo voy; deben haberse engañado. ¡Este es un palacio magnífico y no puede ser de Urbano!... Además, si acaso fuera, ya vendria él.

—Señorita, no os han engañado, respondió German, el criado del conde, que habia llegado dos horas ántes que el coche á fin de dar órdenes al conserje y hacer preparar un departamento para Blanca.

—Aquí es adonde os dirigiais, continuó German, y todo está dispuesto para recibiros.

—¡Aquí! dijo Blanca saltando del carruaje. Despues miró con sorpresa á su alrededor, y murmuró con cierta inquietud:

—Y Urbano ¿en dónde está?

—No ha venido todavía, señora, contestó German que habia recibido de su amo orden de no contradecir á la jóven y de mantenerla en la idea de que iba á ver á Urbano.

—¡Cómo!... ¡No ha llegado todavía!... ¡Creía que habia partido ántes que yo!... ¿No ha venido aquí directamente?... ¡Ah! ¡Ya comprendo!... temeria ser perseguido y se habrá visto obligado á ocultarse.

—Exactamente, respondió el criado sonriéndose, y no creo que pueda llegar hasta esta noche.

—¡Pobre Urbano!... ¡Tener que esperar hasta esta noche!...

—Si la señora quiere seguirme, la acompañaré á las habitaciones que tiene preparadas.

Señores internacionalistas:

¿Con que Vds. son unas víctimas, y nosotros, los dueños de establecimientos, unos verdugos?... Vds. están malos. A mí se me figura que soy una víctima también, y si no díganme Vds. cómo se ha de llamar el pobre dueño de un establecimiento de sastrería á quien le deben casi todos los parroquianos, y que cuando tiene que satisfacer importantes vencimientos, se ve precisado á buscar dinero, porque los que le deben no sueltan un cuarto. Yo tengo en mi casa diez ó doce sastres y otras tantas sastras que cobran lo que trabajan y viven en completa tranquilidad, mientras yo vivo lleno de afanes, y entre los tramposos y el casero y las contribuciones, hay días que no tengo una peseta, y no será extraño que truene al fin como arpa vieja. Con que no me carguen Vds. más con sus amenazas y sus aspavientos y sus huelgas, y aplíquense Vds. á trabajar, que es lo que ménos peligros tiene y más positivos beneficios ofrece.—*Juan Tijera.*

Señoritos de *La Internacional*:

Por vida mía que me hacen Vds. reír con sus alardes y con sus exageraciones. ¿No son Vds. felices?... Pues amigos, eso le pasa á casi todo el mundo. Aquí me tienen ustedes á mí, que tengo la profesion de escritor, y me llaman distinguido y aún eminente. Pues yo trabajo más que Vds., muchísimo más, y me pongo malo á fuerza de trabajar, y me paso meses enteros escribiendo una comedia, y fundando en ella mis esperanzas de dar pan algún tiempo á mi familia, y la noche que se representa van ustedes ú otros, y me dejan más frío que la nieve, si les acomoda, matándome la comedia y mis esperanzas, quitándome la vida y dejando sin pan á mi familia. ¿Cuándo han pasado Vds. las amarguras que yo sufro?... Vds. viven descuidados, porque siendo buenos trabajadores nunca les falta el jornal. A mí me falta muchas veces. Crean Vds. que todos tenemos que pasar nuestros correspondientes trabajos, y que los de Vds. no son los más grandes.—*Arturo Candileja.*

Amiga Mariquita:

Me han dicho que te has hecho de *La Internacional*, y que no quieres que haya casamientos, ni curas, ni nobleza, ni amos, ni nadie que tenga vergüenza y una peseta. Chica, nunca lo hubiera creído. Y dicen que dices que así vivirán felices los que ahora son pobres. Mira,

hija, yo, en mis cortas luces, creo que te has vuelto loca. Y si no te has vuelto loca te has vuelto tonta, que es peor. Ya sabes lo alegre que yo he sido y cuántas locuras hicimos en Capellanes; pero, chica, ya me he convencido de que la ganga que hay en el mundo, la ganga más segura, es la de ser buena. Me he casado con un ebanista, hombre de bien sobre todo, y tengo un hijo. Con esto basta para decirte lo cambiada que estoy. Cuando me han dicho que hay quien quiere abolir el matrimonio, la familia, me he echado á reír, pero luego, pensando, me han dado lástima los que tal piensan. Mira, hija, una mujer, en siendo esposa y madre, ya no quiere ser mala. Yo daría años de mi vida por poder borrar las faltas de mi juventud. No seas tonta y no digas desatinos. Si supieras qué bueno es ser buena, no dirías esas cosas tan atroces. Ven á verme y me tendrás envidia.—*Tuya, Juana Postiguillo.*

Caballeros:

Ustedes quieren que todos seamos iguales. Pues no puede ser. El bruto no puede ser igual al sabio; el trabajador no puede ser igual al holgazán; el feo no puede ser igual al guapo; el bueno no puede ser igual al malo. Pero, en fin, puede que tengan Vds. razón y que todas sus teorías sean la cosa más bonita del mundo. Para probar la bondad de sus doctrinas, propongo á Vds. que se vayan á colonizar alguna isla; allí plantean Vds. su sistema en todo su esplendor y con todas sus consecuencias, y si les va á Vds. bien, eso se han ganado Vds., y aquí nos hemos quedado tranquilos, y ¿quién sabe si, viendo tan notable ejemplo, lo plantearíamos aquí también?... Nada les pido á Vds. por esta idea. Me comprometo á influir para que el gobierno les dé á Vds. pasaje gratis para hacer el viaje.

Pásenlo Vds. bien, vivan mil años á ver si caen de su burro, y expresiones á los niños y besitos á las parientas.—*Un Labrador.*

Señores de *La Internacional*:

Yo leo por distraerme todo lo que Vds. hablan y escriben, y me distraigo con esa lectura, eso sí, después de haber pasado el día dando tierra á los muertos que traen al cementerio, donde soy, para servir á Vds., conserje y enterrador. Y Vds. perdonen, pero cada vez que leo esas cosas, no puedo ménos de decir para mí:—¿Qué tontos!—Hasta luego.—*Juan Azada.*

UNA DOCENA DE MARIDOS ELEGIDOS.

RETRATOS DE CUERPO ENTERO QUE PINTA UN CABALLERO PARTICULAR PARA EJEMPLO DE LOS MOZOS, MEDITACION DE LOS CASADOS Y REGOCIJO DE LOS VIUDOS.

III.

Valentin.

(Conclusion.)

Pasaron algunos días, y una tarde encontré á Valentin en una calle extraviada.

—Aquí te pillo y aquí te mato, le dije: aquí me vas á contar por qué milagro, por qué arte de encantamiento te has echado coche, si es que eras tú el que vi en carruaje la otra tarde en la Fuente Castellana, acompañando á una dama...

Valentin dió un suspiro que era todo un poema de dolor, y me dijo con lúgubre acento:

—Sí, yo era, yo era.

—Pero ¿te has casado con aquella dama y con aquel coche?

—Sí, me he casado.

—Cuéntame, hombre.

—Y más me valiera no haber nacido. ¡Ah, cuánto he echado de ménos aquellos dulcísimos días en que anduve á salto de mata, huyendo de mis acreedores y buscando medios de aumentar el benemérito ejército que me perseguía! Ya recuerdas que te conté que huyendo de ellos, pobres palomos sin hiel, comparados con mi mujer, me acogi al cementerio, donde me daba aquellos higiénicos paseos, contento y descuidado hasta cierto punto. Pues bien, amigo, aquellos paseos fueron mi salvación, digo, mi perdición, es decir, mi perdición y mi salvación.

—Sigue, hombre, sigue, que me gusta la historia.

—Allí había un muerto, un malogrado joven de treinta años, que el pobre, cuando vivía, estaría bien ajeno de que su muerte había de influir tanto en la suerte de una persona como yo, á quien él no había tenido nunca el honor de conocer. Una tarde estaba yo leyendo la lápida puesta en el nicho de aquel caballero, cuando llegóse allí una dama de gran peso, magníficamente aderezada, aunque con enlutado traje, y besó la losa, y supongo que rezó algunas oraciones por el alma del difunto. Me miró, la miré, y nada más. Dos días después volvió, y me saludó, y el siguiente volvió también, y hablamos.

Aquella dama era viuda de aquel muerto, que, por la

— 230 —

—No soy todavía señora; no nos hemos casado todavía... pero cuando llegue, espero que nos casaremos al momento... ¿Podeis guiar, que ya os sigo!

El criado entró entonces en un gran vestibulo, subió una preciosa escalera de mármol, y después hizo atravesar á Blanca unas magníficas galerías cerradas por un lado con cristales de colores, mientras que las paredes se hallaban llenas de magníficos cuadros representando escenas mitológicas.

Blanca no pudo dejar de contemplar lo que se ofrecía ante su vista, y no pudiendo comprender toda aquella magnificencia, se volvió hacia German y le dijo:

—Decidme la verdad: ¿Es de Urbano todo esto?...

—Sí, señorita, de él es este palacio.

—¿Ya veo que es un palacio!... ¡Y él decía que era una casita!... ¡Y parece todo esto muy grande!... Pero es menester ser muy rico para tener un palacio como este, y Urbano me decía algunas veces que sentía no tener una gran fortuna para partirla conmigo.

—Es que sin duda quería sorprenderos.

—¿Y por qué?... ¿No sabía él que rico ó pobre siempre le amaría lo mismo?... Pero ¡Dios mío! ¿Qué grande es esto, qué galerías, qué salas!... ¿Cómo se sorprendería Margarita si estuviera aquí!...

¿Y háy aquí vacas y conejos?

—Habrás todo lo que queráis, señorita.

—Urbano me ha ofrecido una vaca muy bonita, y con la leche haré manteca y queso. ¡Oh! ¡Qué divertido será!...

German volvió la cabeza para ocultar una sonrisa, porque los sencillos gustos de la joven extrañaban sobremanera al criado; pero bien pronto abrió una puerta al mismo tiempo que decía:

—Este es el departamento que se os ha preparado, señorita; si no os gusta, escogereis en el castillo las habitaciones que más os agraden, y nos apresuraremos á ejecutar vuestras órdenes.

—¡Oh! ¡Dios mío! Todo está muy bien, dijo Blanca, entrando en una habitación ricamente amueblada y llena de espejos. Esto es muy precioso, continuó la joven, al mismo tiempo que miraba las tapicerías y los candelabros que adornaban la habitación. Después pasó á otra pieza adornada con el mismo lujo, en la cual había un magnífico lecho, rodeado de cortinas de seda con galones de plata.

— 231 —

—¿Si estuviera aquí Urbano, exclamó Blanca, lanzando un suspiro, cómo me gustaría todo esto!... pero ¿estas ventanas á dónde dan?

German se apresuró á abrir las ventanas: Blanca se asomó á una de ellas, y no pudo ménos que lanzar un grito de alegría al contemplar el lago que bañaba los muros del castillo por la parte en que se encontraban sus habitaciones.

El lago estaba en medio de una hermosa pradera, y concluía por perderse entre unas rocas, desde donde el agua caía formando cascada en un inmenso estanque. A la derecha de la pradera se veía un hermoso bosque, y al otro lado las colinas se cruzaban, y la vista se extendía por un paisaje que se descubría muy lejos y ofrecía un magnífico panorama.

—¡Ah! ¡qué bonito! exclamó Blanca, ¡qué vista tan bonita!

—Aún no podeis comprender su hermosura; ¡si viérais, señorita, qué deliciosos están esos campos cubiertos de verdura!

—Pero yo querría pasearme por todas partes, correr por la pradera y recorrer el lago...

—¡Oh! señorita, todo eso es muy fácil, porque todo eso que veis, es el parque del castillo. Cuando queráis visitar los jardines, no teneis más que indicármelo, y en seguida os acompañaré adonde queráis.

—¿Y todo esto pertenece á Urbano?

—Sí, señorita, todo eso pertenece al castillo.

A cada palabra que pronunciaba German aumentaba más la sorpresa de Blanca, que no comprendía que el joven bachiller la hubiera engañado de aquella manera, y que, sin embargo, no sospechaba la traición de que había sido víctima. El criado tocó una campanilla, y una aldeana entró en la habitación y saludó á la joven con respeto, la cual le devolvió el saludo con amabilidad.

—Señorita, dijo German, esta joven está á vuestras órdenes, y os servirá de doncella, si vos quereis aceptar sus servicios.

—¡Oh! yo estoy acostumbrada á servirme yo misma, y no tengo necesidad de nadie.

—De todas maneras, María está á vuestras órdenes, y vendrá cada vez que toqueis la campanilla. Pero debeis tener necesidad de descansar de las fatigas del viaje, y nosotros nos retiramos.

—Si... puesto que Urbano no debe venir hasta la noche, trataré de dormir un poco, pues así me parecerá ménos largo el tiempo.

edad que ella tenía, hubiera podido ser su hijo, y la pobre estaba inconsolable, aunque no tanto que no se consolara á los dos meses de frecuentar el cementerio. ¿Adi-
vinas lo demas?

—D. sde que empezaste la historia.
—Sí, chico; aquella viuda inconsolable es mi mujer, y ahora el inconsolable soy yo.
—¿No te va bien en tu nuevo estado?
—Hombre, ¿tú la has visto bien?...
—Sí, me pareció un poco vieja.
—Pues eso, lo de ser vieja, es lo único bueno que tiene. Yo, cuando me casé con ella, ya sabía que era vieja, y la acepté vieja; y si hubiera sido todavía más vieja, me hubiese parecido mejor.

—¿No eres feliz?...
—¿Feliz?...
—Habrás pagado tus deudas.
—Yo no; las ha pagado ella; me ha hecho pasar por la humillacion de pagar á mis acreedores, citándolos á todos á su casa y en mi presencia.

—Tienes coche.
—Yo no; ella es la que lo tiene; á mí me lleva en el coche para enseñarme, para que vea la gente que se ha casado con un buen mozo.

—Tendrás en casa todas las comodidades.
—Ya lo creo; hay butacas, divanes, y puedo sentarme en ellos, pero con ella siempre á mi lado, llena de amor, más derretida cada dia, y haciéndome más fiestas...

—Tendrás dinero.
—Yo no; ella es la que tiene dinero; yo no tengo un cuarto, porque para tenerlo debo pedirselo.

—En fin, no te falta nada.
—Nada, absolutamente nada; pero tampoco les falta nada al lacayo ni al cochero.

Mi mujer tiene dinero, y por consiguiente, muchas amistades. En su casa hay reunion los miércoles y sábados y hago yo un papel lucidísimo. Los señoritos que allí van á comer un lado... de su fortuna á mi mujer,—que si se lo comieran de su cuerpo me importaria poco,—se rien grandemente de mí, y ellas, las señoras y señoritas, me miran con el más soberano desden; solamente mi mujer, para que vean que la quiere un *buen mozo*, me hace fiestas y cucamonas, y cuenta lo mucho que la quiero, lo enamorado que estoy de ella, y estos dias ha tomado la manía de poner en conocimiento de todo el mundo que siente algo inusitado, una sensacion desconocida, en fin, que presume que se halla en estado interesante. ¡En estado interesante á los sesenta años!...

—Es gracioso.
—No, y eso sí, será capaz de estar en estado interesante; será capaz de eso y de mucho más. Tú no sabes quién es ella. Un médico me ha dicho en confianza que lo que tiene es un principio de hidropesía, pero yo me voy figurando que ella sabe más que el médico.

—Pues, hombre, si te has casado con ella por tu voluntad, y te ha sacado de apuros, y vives cómoda y tranquilamente, no sé por qué te quejas.

—Me quejo porque me siento humillado, porque ahora conozco que he vendido mi libertad, porque ahora me gustan todas las mujeres que ántes me eran indiferentes, y porque no tengo un momento sin vieja al lado, que me recuerda constantemente que me ha sacado de la nada, que me ha librado de acreedores, que me mantiene, que sin ella sería yo un perdido, y aún no habria podido salir del cementerio. Yo soy un lacayo bien mantenido; yo no puedo disponer para nada de mi persona; yo tengo que fingir constantemente lo que no siento, lo que repugna á mi corazón, porque si la disgustase... tú no sabes lo que es una vieja enamorada.

—¿Y quién maneja su fortuna?
—¿Quién?... El Banco de España; allí lo tiene todo; en mí no tiene confianza siquiera para mandarme á cobrar el menor talon. ¡Ay! amigo, no sabes los crueles ratos que paso en ese coche magnífico, en el palco del teatro Real, donde mi mujer se presenta enseñando aquellas enormes espaldas, en las reuniones, y sobre todo en mi casa, es decir, en la suya. Tú no la has visto como yo; tú no has visto su tocador, con aquellos *cofrechitos de belleza* (á 250 francos uno), con aquella bateria de elixires, opiatas, polvos, *velutinas*, aceites, pomadas y especificos más temibles que el petróleo; tú no la has visto cuando se levanta del tálamo nupcial... Chico, ella me dá de comer, me lleva en coche, me regala brevas de Cabañas, me tiene vestido como un príncipe ruso, pero ¡ay! qué caro me cuesta.

Ahora conozco lo necio que fui en no aplicarme al trabajo y tener buena conducta. A estas horas sería yo un hombre digno, ganaría para vivir, tendria un hogar mio,

sólo mio, una mujer jóven, hermosa, y querida, y estaría contento, y sería pobre acaso, pero feliz. Hoy, créelo, con toda esa riqueza que me rodea, me conceptuo el más desgraciado de los hombres.

—Pues, hijo, lo siento, pero tú tienes la culpa.
—Ya lo sé.
—¿Y cómo has podido salir ahora?...
—Porque voy á llamar al médico, porque mi mujer tiene un dolor de muelas, efecto de las pinturas que se pone y de la mucha pimienta que toma. Voy corriendo.
—Adios, hombre, paciencia y conformidad.
—¡Ah! te repito que echo mucho de ménos el tiempo feliz en que me acosaban acreedores en tan gran número. A lo ménos, ¡ellos no me amaban!

¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

Y el autor se acuesta, con perdon de sus lectores. Pero no puede pegar los ojos en mucho rato, preocupado con las escenas que acaba de presenciar, y preguntándose si el conde del Mirlo á quien ha oído llamar Patricio en la consternacion de Emilia y Manuel será el Patricio de la carta dirigida á Luis, y por consiguiente, si será Emilia la Trinidad que va buscando.

Y continúa haciéndose estas reflexiones. Emilia no se llama Trinidad, y por lo tanto no puede ser ella.

Pero Manuel, que ha visto la carta, dice que conoce á Luis, á Trinidad y al Patricio que en ella se cita.

¿No podria suceder que Emilia fuese amiga de Luis y le escribiera con el nombre de Trinidad.

Pero ¿por qué este cambio de nombre?

¿Engañará Emilia á Manuel?

No puede ser, porque este ha visto la carta, y en vez de alarmarse se ha sonreido.

Entonces si no es Emilia Trinidad, ¿quién puede ser?

El otro Patricio, casado con Felipa, no es el aludido en la carta, porque bien claro se ha visto.

No queda más Patricio que el conde.

Luego Emilia es Trinidad.

No me cabe duda. Manuel lo sabe y no me lo negará cuando le diga que he descubierto la incógnita.

Lo que no entiendo es el capricho de firmar Trinidad en vez de Emilia. ¿Á qué conduce?

El autor acaba de sumergirse en un mar de confusiones y desea que se haga de dia para preguntar á Manuel y salir de dudas.

Y acaba por entregarse á Morfeo...

XIV.

Dos anónimos.

Hora es ya de que digamos algo de dos personajes que al parecer hemos tenido olvidados.

Me refiero á Patricio, el celoso marido ó marido celoso de la señora Felipa, aquella que nos acompañó en el viaje á la Granja y que hablaba con tanta propiedad.

Fueron á parar, como ya dije, á la casa que de antemano habian encargado. Era esta una casa de huéspedes donde se hospedaba tambien el conde del Mirlo.

La noche que llegaron, y cuando ya se quedaron solos ambos esposos, disponiéndose á buscar en el sueño la reparacion del cansancio natural despues de un viaje tan molesto (el sueño siempre ha sido muy *reparador*), se dirigió Patricio á su lecho y salió en seguida de la alcoba, furioso y dando gritos.

—No acabes de desnudarte, Felipa...

—¿Pues qué *ocurrencia* ocurre?

—Que hay...

—¡Dios mio! ¿hay ratones?...

—No, no es un raton... es un hombre, que está ahí acostado en nuestra cama...

—¡Ay!... ¡ay!... ladrones... socorro. A mí me vá á dar un *soponcio*.

—¿Pero qué pasa? dijo en esto un hombre entrado en años que se asomó en paños menores á la puerta de la alcoba.

—¡Patricio! exclamó el marido, reconociendo al conde del Mirlo, en el que aparecia...

—¡Tocayo!... añadió el conde... ¿V. por aquí?...

—Sí, señor; he venido con mi mujer, y me extraña encontrar á V. en nuestro lecho...

—V. dispense, pero ha sido una equivocacion... ¿no es este el segundo piso?...

—No, señor, el primero.

—Pues ya lo comprendo; yo vivia aquí, y ayer me dijo

el patron que tendria que trasladarme al segundo, igual á este, porque venia una familia; al volver á casa me he olvidado del aviso, y como tengo mi llave, esta noche he entrado aqui como las demas.

—Vaya, pues tenga V. más memoria para otra vez, y ahora hágame V. el obsequio de despejar...

—Voy á vestirme... ¿Y la señora?... ¿Dónde está?...

—Hombre, métase V. en la alcoba; siempre hemos sido amigos, pero como prosiga V. en este cuarto y con ese traje, voy á romperle á V. algo.

—Je, je... V. siempre tan escamon.

—Caballero... No creo regular que permanezca V. así en un cuarto que no es el suyo á una hora intempestiva, y ménos sabiendo que hay una señora

—Pero ¿dónde está mi señora doña Felipa?...

—Mi señora... ¿eh? Vístase V. pronto, hombre, porque si no no respondo de mí. Felipa no está presentable en este momento.

—Ya voy, ya voy, amigo Patricio; es V. muy vivo de genio.

—Prontito.

El conde del Mirlo entró en la alcoba, se vistió y volvió á aparecer, con una vela en la mano derecha y un par de botas en la izquierda. Entre tanto, Felipa se habia escondido detras de una butaca, y delante de ella estaba colocado Patricio, extendiendo la manita que le habia servido para una operacion análoga en el tren.

—Buenas, noches, vecino, dijo el conde. Salude V. á Felipa.

—Gracias, hombre, gracias. Vaya V. con Dios.

—Mañana tendré el gusto de ponerme á sus piés.

—Abur, añadió Patricio cerrando la puerta de golpe. Yo si que te voy á poner los piés en cierto sitio como se repita esta escena.

—¡Jesus! qué miedo he tenido, dijo Felipa saliendo de su escondrijo, apenas desapareció el conde. Casi me he quedado *prelática*.

—Ya le diré yo al conde cuántas son cinco. Eso lo ha hecho intencionalmente.

—¿Me habrá visto alguna cosa?

—No lo creo. ¡Ay de él como te haya visto! Tú tampoco le habrás mirado...

—Cá, hombre, si me he quedado casi privada de las miradas de los ojos. Me ha dado un *soponcio* que pensé no volver en sí.

—Vaya, vamos á dormir, que si no aún soy capaz de subir á romperle el alma á ese conde.

—Pero, hombre, si se ha *trasconeado* de cuarto...

—¡Ah, le defiendes! Luego tú...

—No, no grites. Sólo faltaba que tuvieras *celotipia* de ese *calcamal*.

—Eso me tranquiliza; pero como las mujeres sois tan raras...

—Merecias que fuera como te figuras para que no *andases* con más *imperiniencias*.

Y apagó la luz Felipa dejando á oscuras á su marido, como era natural.

Patricio se acostó tambien, y bien pronto ambos esposos dormian como dos bienaventurados.

Al dia siguiente, Patricio recibió muy mal humorado al conde, que bajó á visitar á este matrimonio.

Creia Patricio que era mucha casualidad la de haberle encontrado la noche anterior en su cuarto, y ademas le preocupaban las últimas palabras de su mujer cuando le dijo que ella debia ser como Patricio se figuraba.

Así es que el conde terminó pronto la visita ante un recibimiento tan glacial, y decidió no frecuentar la casa temiendo las iras de su tocayo.

La conversacion que tuvieron fué la siguiente:

—Vengo, dijo el conde, á disculparme de nuevo por la equivocacion de anoche.

—Gracias, dije Patricio.

—Está V. *inculpado*, añadió Felipa.

—Sentiria haber molestado á Vds.

—No.

—No.

—¿Vienen Vds. á pasar una temporadita?...

—Sí.

—Sí.

—Hace fresco.

—¡Psch!...

—¡Psch!...

—Ya nos veremos por ahí.

—Sí.

—Sí.

—Vaya, Vds. tendrán que hacer. Hasta otro rato.

—Abur.

—Beso á V. la mano.

El conde se fué resuelto á no volver en algunos dias hasta que se desarrugara el ceño de Patricio y se soltase á hablar Felipa.

Esta como se ve, por no disgustar á su marido, habia contestado lo mismo que Patricio á las preguntas del conde, y así se calmó algun tanto el celoso cónyuge.

(Se continuará.)

CASCABELES

Dice *La Igualdad* que detras de Ruiz Zorrilla está la república y detras de Sagasta la república tambien.

Oiga V. á los carlistas, y dicen que lo que viene detras es Don Carlos, muy señor mio y tocayo, y los moderados repiten que lo que detras viene es Don Alfonso.

Y el público dice:

—Digan Vds, ¿y cuándo vienen la paz, la moralidad y el bienestar que todos Vds. prometen?

Ya han llegado á las respectivas provincias los nuevos gobernadores.

Parece que sólo han llevado por todo equipaje tres camisas limpias y un gorro para estar en casa; porque ¿para qué llevar más equipaje si en seguida se hará otro arreglito y recibirán el relevo?...

Segun se la gobierna tantos años hace, parece mentira que haya todavia España.

En el teatro del Circo se representa una preciosa obra dramática que recomendamos á nuestros lectores, seguros de que les ha de agradar. *Los niños grandes* se titula esta nueva produccion de nuestro amigo el Sr. Gaspar, y en verdad que hace honor á su ingenio de autor dramático. En *Los niños grandes* hay gran conocimiento del corazon humano y de las costumbres, profunda intencion, ingeniosísimos chistes y grandes verdades.

Esta comedia, representada admirablemente por la incomparable Matilde Diez, por Manuel Catalina y por los principales actores, tiene otro atractivo más; en su desempeño toman parte tambien unos niños, ensayados y dirigidos por el Sr. Catalina, que dicen y hacen á la maravilla sus respectivos papeles.

Los niños grandes, en fin, merecen que el público vaya muchas noches al teatro del Circo.

Puig y Llagostera ha tenido una conferencia con el jefe del Estado, y le ha dicho con su acostumbrada franqueza cosas que conviene que sepa aquel.

Los periódicos hacen comentarios sobre esta conferencia; nosotros nos abstenemos hasta que el valiente fabricante catalan cuente lo que pasó.

El público espera con gran curiosidad.

La comedia *Los dulces de la boda*, del Sr. Blasco, estrenada en el teatro Español, tiene mucha gracia y ha sido perfectamente interpretada sobre todo por la señorita Hijosa.

No comprendemos por qué se ha juzgado con dureza por algunos periódicos una obra que está llena de rasgos, de ingenio, y que es sumamente agradable y entretenida.

—¿Qué tienes esta noche muchacho?...

—¿Yo?... nada.

—Como estás tan serio, que parece que te lo deben y no te lo pagan. ¿Vaya una manera de enamorarla á una! ¿No tienes dinero?...

—No es eso, es que tengo que decirte que de lo dicho no hay nada.

—¿De qué?... Revienta, hombre, y no hables á medias.

—No; te quiero decir que tú me gustas mucho...

—Vamos, hombre, parece que te cuesta trabajo decirlo.

—Pero de lo que te dije de casamiento ya no hay nada.

—¿Qué dices? ¿Te vuelves atras?... ¿Ó te casas con la maestra que se ha quedado viuda?...

—Es que yo soy de *La Internacional*.

—¿Y qué?...

—Que se ha dispuesto que no se case nadie, porque el matrimonio es una cosa muy antigua.

—Si, ¿eh?...

—Con que yo, ya ves tú, como soy socio y la *sociedad* no permite...

—¿Con que la *suciedad* no permite?...

—Yo ¡eso sí! te quiero y seguiremos en relaciones... porque eso no lo quita la *sociedad*... y cuando tú quieras á otro ó á mí me guste más otra, se acabó.

—¡Vaya! señor Manuel, vaya V. al *gobernaor* y dígame usted que le dé licencia para ir al *hospital* al departamento de los locos.

—Estás injuriando la personalidad humana.

—¡Jesus! ¡qué *presonalidá* tan remona! ¡Vaya V. de ahí, tío tonto, que yo no soy una bestia, y sólo una bestia puede pasar por eso que V. me propone.

—¿Tú te quieres casar?...

—Con V., no, aunque me diera V. para un coche; yo me quiero casar con un hombre de bien, que trabaje, que sea pacífico, y que no vaya á la taberna, que no se declare en huelga, que es declararse holgazán, y que cuando le vengan á hablar de esa *Internacional*, ó lo que sea, lo oiga como quien oye llover y no se moja. Y se acabó. No me vuelva V. á hablar en su vida, y si te he visto no me acuerdo.

—Es que si lo tomas así, el día que *haiga la jarana*, voy y te cojo y tendrás que vivir conmigo.

—Calle V., hombre, el día que *haiga la jarana* que V. dice, puede que coja V. una turca, pero á mí ¡quid! tengo yo muy buenas manos y sobre todo la del almirez para romperle á V. la cabeza.

Bossuet escribía pensamientos que son muy oportunos ahora que se trata de entronizar el bonito sistema de gobierno de *La Internacional*.

Decía el grande hombre:

«Donde todo el mundo puede hacer lo que quiere, nadie hace lo que debe.

»Donde no hay amo, todo el mundo quiere ser amo.

»Donde todo el mundo es amo, todo el mundo es esclavo.»

Buscaremos otros pensamientos de este género.

El otro día se descubrió en el Congreso que un diputado habia hecho dimision de su cargo para seguir siendo diputado, y habia seguido *cobrando el sueldo* de aquel cargo.

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

En lugar de 12 medallas para premio de los autores de los mejores cuadros de la Exposicion, se darán 27.

Esto ya es otra cosa, y aplaudimos al ministro de Fomento que ha reconocido la justicia con que se quejaban los artistas.

Dice *La Constitucion* que no puede prohibirse ninguna asociacion cuya inmoralidad no sea manifiesta.

Y esto lo dice para probar que *La Internacional* no debe ser prohibida.

¡Viva la gracia, salero! ¿Con que no es manifiesta inmoralidad querer destruir la propiedad, la religion y la familia?...

Pero, señor, ¡qué liberalitos tan... liberalotes!...

Los periódicos zorrillistas publican muchas adhesiones de comités, clubs, tertulias y particulares que se adhieren al manifiesto zorrillesco, y los sagastistas publican otras tantas de los que se adhieren al manifiesto sagastesco.

Pues, señor, Herodes encontraria todavia en el mundo muchos inocentes.

Gran noticia.

Los paquetes de pliegos de *Los Niños* que el día 29 de Mayo último enviamos certificados á Barcelona, no han llegado todavia á su destino.

El director de Correos, no sólo no ha procurado averiguar quién nos ha *afanado* estos paquetes, sino que ni siquiera nos ha dado la menor satisfaccion, como hace cuando un periódico politiquillo denuncia que se le ha perdido un número.

Esto se llama gobernar bien.

De la cárcel de Valladolid se fugaron la otra noche once presitos de consideracion.

No estarian muy bien guardados.

Un periódico político publica unos artículos titulados *Los farsantes*.

Si va á retratar á todos los que bullen y mangonean en la politiquilla, tarea tiene para un rato.

Un gran aplauso al ilustrado sacerdote y diputado señor Martínez Izquierdo.

Este es un verdadero sacerdote, un verdadero diputado, un verdadero procurador del bien del pais, un legitimo y verdadero representante del pueblo español católico y honrado.

El Sr. Izquierdo habla con mesura, con dignidad, con razones incontestables, no mezclando para nada la politica y la religion, con espíritu evangélico, con humildad.

Hombres como ese son los que necesita España en el Congreso, y no políticos hambrientos de sueldos y honores, ó perturbadores del pais, ó locos rematados.

Damos la enhorabuena al Sr. Martínez Izquierdo, y deseamos que sus electores le envíen al Congreso en todas las legislaturas. No han podido hacer eleccion más acertada.

Hasta ahora no me habia enterado yo de que el actual ministro de Ultramar fué el que escribió aquel versito de las *pobres plumas de gacela*.

El hombre no es muy fuerte en historia natural, pero él dirá que maldito si ha necesitado saber eso para ser ministro.

Con saber politiquear y hacerse la víctima, basta.

En este ministerio me gustan Alonso Colmenares, Candau y Angulo, precisamente por lo que no les gustan á los zorrillistas y demas gente ordinaria, porque son poco políticos.

Preciso es que gobiernen los que no son politiquillos, y lo harán mucho mejor que los que lo son de oficio.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicacion del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 23 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

BARAJA GEOGRAFICA DE ESPAÑA

JUEGO INSTRUCTIVO

DEDICADO POR D. FRANCISCO LOPEZ FABRA

á la Revista de educacion y recreo LOS NIÑOS.

Esta baraja se halla de venta en la Administracion de EL CASCABEL á 12 rs. ejemplar.

Los señores suscritores á LOS NIÑOS y á EL CASCABEL la pueden obtener por la mitad de precio.

Los señores de provincias deberán remitir sobre el precio de la *Baraja* un sello más, para recibirla dentro de algunos dias.

LA ESTAFETA DE PALACIO,

HISTORIA DEL REINADO DE DOÑA ISABEL II.

POR

DON ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

El tributo repetido y consecuente que consagra la prensa de todos los máximos de Madrid y de provincias á la obra que anunciamos, y el haber tenido que reimprimir los primeros cuadernos de esta interesante publicacion, demuestran que no es una empresa vulgar lo que hemos emprendido. Próximo á terminarse el primer tomo, que ha de constar de unas 800 páginas, ponemos este anuncio á fin de que los que se interesen en la lectura de esta obra tan copiosa en datos ignorados, y tan notable por sus detalles y su forma la adquieran.

Se publica por cuadernos semanales con láminas al precio de 2 rs. en toda España, y se admiten suscripciones en Madrid en la administracion, calle de la Cabeza, núm. 27, ó dirigiéndose por el correo interior. En provincias, en las principales librerías, ó dirigiéndose directamente á su editor por medio de libranzas ó sellos de franqueo.

MÚSICA NUEVA PARA PIANO.

Pues señor, hasta ahora la música para piano costaba dinero. Ahora se da de balde, porque de balde es dar por un real cuatro ó ocho piezas de música buena y nueva para piano.

Por ejemplo: cuatro walses, titulados *El Jardinerito*, *El Brillante*, *El Risueño* y *El Cascabel*, cuestan un real.

Cuatro schotischs: *El Improvisado*, *La oracion*, *¿Quién va allá?* y *El dos de mayo*, cuestan un real.

Cuatro polkas mazurkas: *La carta*, *Amor de amores*, *La Perla* y *La Bandera de los tres*, cuestan un real.

Ocho habaneras: *No me gusta*, *La sal de las montañas*, *Tu boca*, *La Graciosa*, *El sereno*, *¡Uf qué sojoco!* *La Maravilla* y *Tiene V...*, cuestan un real.

Cuatro polkas: *Felisa*, *Chipi*, *A mi morena* y *Los dos*, cuestan un real.

Es decir que por cinco reales se dan 21 piezas de música para piano.

Se venden en la Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, núm. 2.

À LAS SEÑORAS.

En ocho lecciones se enseña á coser á máquina con perfeccion. Honorarios, 6 rs. cada leccion. Abada 15, segundo derecha.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)